

## **HOMILÍA DE LA EUCARISTÍA DE CLAUSURA DE LA XIX ASAMBLEA ORDINARIA DE O.A.L.A.**

**Belo Horizonte, 28 de abril de 2019,  
Segundo Domingo de Pascua, Domingo de la Divina Misericordia.-**

Amados hermanos y hermanas:

Que maravilloso regalo el que nos ha hecho el Señor de poder celebrar la Eucaristía de clausura de esta XIX Asamblea en pleno tiempo Pascual, particularmente, en el domingo de la divina misericordia. Es más, que significativo que la elección del servicio del Secretario General de la O.A.L.A., haya sido justo a la hora Nona y en la Capilla, en presencia del Señor Resucitado, a las 15:00 en punto, hora de la gran misericordia. Y más aún, que providencial es que el P. General nos haya confirmado a todos el día viernes en la misma hora Nona, que es la hora en que Cristo entregó al Padre su Espíritu.

Y me pregunto, ¿no será este el tema transversal que quiere Dios que desarrolle esta nueva directiva en los próximos cuatro años? ¿No será que el Señor quiere que de esta forma potenciemos el Área más débil de O.A.L.A., aquella que le da su identidad crítica y profética, el Área de Justicia y Paz, como expresión de la misericordia que Dios quiere derramar en este Continente Americano y desde donde nos llama a vivir las obras de misericordia?

Y luego pienso en el momento presente de nuestra historia. En esta hora de la historia, en que a ratos pareciera que la barca de Pedro está por hundirse en medio de aguas tormentosas de dificultades, pruebas y desafíos; en esta misma hora nuestra Organización de Agustinos de Latinoamérica y El Caribe ha sido llamada, una vez más por el Señor de la vida, quien no suelta el timón de la barca-, ha dejarse renovar profundamente por el Santo Espíritu; Aquel mismo que resucitó a Jesucristo de entre los muertos, por quien hemos sido marcados el día de nuestra Redención, que nos inhabita y nos ha constituido en templos vivos de su santa presencia.

Es, pues, en esta hora de la historia, de desastres naturales y morales, de crisis y persecuciones, de divisiones y conflictos, pero también de sueños, anhelos y esperanzas, que el Espíritu Santo, que es Señor y Dador de vida, nos llama a dejarnos renovar por Él en la esperanza cristiana, aquella que no defrauda y que nadie nos podrá robar; esperanza que reverdece en este hermoso Continente, en distintos momentos tan duramente azotado por ideologías totalitarias, dictaduras sangrientas, generadoras de pobreza, hambre y muerte, con las consiguientes violaciones sistemáticas a los derechos humanos, entre los que están también los

horribles y lamentables abusos perpetrados por algunos ministros de la Iglesia, que juraron un día ser la voz de los sin voz.

Es, pues, el Espíritu Santo quien nos traslada como a Jesús al desierto, y como a Él nos ha ungido también a nosotros. Lo ha hecho en el Bautismo y la Confirmación, y como a Jesús, también nos envía a anunciar la Buena nueva a los pobres, a pregonar la libertad a los cautivos, la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor (Lc 4, 18-19).

El Espíritu Santo, sin lugar a dudas, quiere renovar nuestra mirada, para que veamos con nuevos ojos la realidad de las cosas. Estamos llamados a mirar con nuevos ojos la realidad Latinoamericana y Caribeña, a fin de llegar a ver el *Bello Horizonte* que Jesús de Nazaret quiere mostrarnos, diciéndonos: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”.

Un horizonte lleno de belleza, de esperanza y alegría. Un horizonte repleto de colores vivos, como un círculo cromático que forma la bella y variada geografía de nuestro continente de la esperanza. Un horizonte en el que, independientemente de las fatigas, dolores y sinsabores propios de la vida, nos mantiene expectantes, para apreciar la manifestación de los hijos de la luz.

Y eso es, precisamente, lo que necesitamos hacer para llegar a reconocer la *belleza del horizonte*, caminar en la luz, y evitar las tinieblas, aquellas mismas que atraparón por tan largo tiempo a N.P.S. Agustín, manteniéndole lejos de Dios.

“Yo soy la luz del mundo, dice el Señor. El que me sigue, no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”. En este punto quiero detenerme un momento. Estamos llamados a ser sal de la tierra y luz del mundo, sal en nuestras circunscripciones y luz en toda nuestra Organización; sin embargo, como O.A.L.A., no siempre lo hemos sido. En lugar de seguir el programa de las Bienaventuranzas (Mt 5, 1-12), o de vivir el Gran Protocolo (Cfr. Mt 25, 31-46), en lugar de vivir las parábolas de la misericordia (Lc 15, 1-32); por momentos, pareciera que nos hemos acomodado e instalado, dejándonos llevar por la opacidad de las tinieblas, circunscribiéndonos en nuestra propia realidad Circunscriptiva, encerrados en nosotros mismos, algo así como egocéntricos, elogiando los aciertos personales y comunitarios, pero desvinculados una región de otra. Frente a nuestro proceso de conversión permanente, tanto personal como comunitaria y pastoral, pareciese que nos ha sido más fácil decir basta, hasta aquí nomás, y entonces nos ha ocurrido aquello mismo que ya nos advertía nuestro Padre San Agustín; no solo hemos dejado de avanzar, sino que hemos comenzado a retroceder. A retroceder en la vivencia del Evangelio de la vida, en la observancia de los valores del Reino, en la vivencia de nuestra Regla y

Constituciones, en el testimonio de nuestra consagración bautismal y nuestra profesión religiosa.

Por momentos nos hemos dejado opacar y menguar nuestra luz interior en el ámbito del profetismo, guardando silencio o siendo indiferentes ante el dolor del hermano que se siente solo o desamparado. Hemos sido cobardes a la hora de corregirnos entre nosotros, en la hora de tratarnos con ternura y sobre todo, a la hora de asumir la dimensión profética de nuestro Bautismo y de nuestra Profesión Religiosa, tan claramente expresada en nuestros Estatutos.

Sin lugar a dudas, ha habido hermanos que han sabido acercarse a Jesús, la Luz del mundo, que han sabido ser luz en medio de las tinieblas del pecado y la egoísta indiferencia, que han sabido ser sal en la tierra de este continente, tierra que incluso han sabido remover y abonar con la sangre del testimonio libre y consciente, que ha llegado a generar vida y discipulado cristiano donde no parecía posible.

Esta no es la hora de las tinieblas, es la hora de la entrega radical, fruto de la oración profunda y convencida. Es la hora de asumir los desafíos y las dificultades como nuevas oportunidades. Es la hora de la historia de la salvación, de caminar por este continente con renovada ilusión y nuevo entusiasmo, pero un entusiasmo no de eventos, acciones, celebraciones o actividades, sino de un entusiasmo que nace fruto del encuentro vivo con el Resucitado, que se nos muestra como el verdadero *Bello Horizonte*, al cual debemos dirigir nuestros pasos.

Estamos en la hora de la Gran Misericordia, viga maestra de la Iglesia, que la sostiene y le da sentido y razón de ser. En la hora del Jubileo, como acción de gracias a Dios, por todo el bien que nos ha hecho durante estos cincuenta años de caminar. En la hora de hacer una memoria agradecida por la vida de tantos Agustinos que supieron ver con claridad el horizonte que el Señor les presentó en su momento de la historia, con la mirada puesta, la fe firme y la esperanza viva en que otra Orden era posible en estas tierras enriquecidas por los pobres, labrada por los campesinos, cuidada y defendida por los indígenas, cultivada por las mujeres abandonadas, abusadas y marginadas, y enriquecida por todas aquellas vidas crucificadas que nos enseñan que la vida sí tiene sentido, incluso en medio del Valle de lágrimas.

Mi propuesta para este cuatrienio es que nos dejemos iluminar por la claridad del Resucitado, y que seamos dóciles a las inspiraciones del Santo Espíritu. Que trabajemos con dedicación, cariño y efectividad. Que tengamos la mirada atenta en los signos de los tiempos, que dejemos de lado todo aquello que huele a ego

inmaduro. Que nos dejemos guiar por el Señor y motivar por el ejemplo de los Santos, especialmente de N.P.S. Agustín, Santo Tomás de Villanueva, el Obispo de los pobres y San Oscar Arnulfo Romero, Mártir de América. Pero también, por el testimonio de los “Santos de la puerta de al lado”, es decir, de hermanas y hermanos que nos inspiran y motivan a ser mejores cristianos y mejores religiosos.

Nunca olvidemos a nuestros hermanos mayores, nuestros queridos ancianos, hermanos todos que nos supieron comunicar lo central del carisma y espiritualidad de San Agustín y de nuestra Orden. No les ignoremos ni dejemos de escucharles. Todavía el Espíritu del Señor puede darnos varias lecciones y enseñanzas por medio de ellos, sobre todo la humildad y la confianza segura en la divina providencia.

No dejemos de lado tampoco a las Religiosas Agustinas con quienes compartimos el don de la fraternidad y la identidad propiamente agustiniana. Misma cosa con las Fraternidades Agustinas Seculares, que tanto nos quieren y apoyan, sobre todo en los momentos de necesidad y aflicción.

No dejemos de lado a los jóvenes y la promoción vocacional: sus sueños, búsquedas y esperanzas; no dejemos de escuchar con atención los desafíos y críticas que nos presentan, pues, siempre pueden aportarnos algo nuevo para una vida nueva en Cristo Jesús, que es *eternamente joven, y quiere darnos un corazón siempre joven* (Cfr. Cristo Vive, Cap. I). Con Cristo, Verdad siempre antigua y siempre nueva, nuestra Orden en América Latina siempre será joven. Aprendamos, pues, a acompañar a los jóvenes teniendo nosotros también un corazón de carne, un corazón siempre joven y siempre nuevo.

No desoigamos tampoco el clamor de los pobres ni a los que corren peligro de muerte en el propio vientre materno, no dejemos de lado a las mujeres y varones que han vivido la dolorosa experiencia del aborto procurado o espontáneo, no dejemos de lado a las víctimas de abuso sexual, de conciencia o de poder. No seamos parte de estructuras de muerte, que perpetúan el delito o el pecado; seamos mas bien, portadores de vida y esperanza, de paz y alegría, de afecto y solidaridad, pero sobre todo, seamos buenos Samaritanos, no pasando de largo ante la cruda realidad vulnerada y convertida en una *periferia existencial*.

Abramos, pues, las puertas de nuestro corazón, de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad, para que seamos consagrados en la verdad y en el amor.

Mi deseo para estos cuatro años es que, al final de los mismos, Dios nos ayude a mirar hacia atrás como hombres libres bajo la gracia, más humanos y más

hermanos, llegando a ser aquellos que pusieron y dieron lo mejor de sí para vivir con autenticidad el Carisma heredado. Personas más sensibles con la realidad que nos circunda, siendo una presencia presente en “los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren” (Cfr. GS n 1), llegando a convertirse esos gozos y esperanzas, tristezas y angustias de nosotros como religiosos y de las mismas agrupaciones que acompañamos, dejándonos afectar solidaria y verdaderamente por sus dolores y aflicciones. Que seamos parte de la revitalización de la Iglesia Madre, de la cual fuimos, somos y seremos servidores desde nuestra particularidad.

Que lleguemos a ser una Organización Sinfónica, es decir, que escuche y dé cabida a todas las voces y visiones de los hermanos que buscan contribuir con ideas y propuestas al mejoramiento de la Orden en América Latina y El Caribe.

Que podamos potenciar todas y cada una de las Áreas de O.A.L.A., las Regiones Norte, Centro y Sur, con el apoyo comprometido de los Delegados de Base, los Responsables de Justicia y Paz y con los Superiores Mayores, para llegar a remecer las bases de nuestras circunscripciones, que siempre han dado firmeza y vitalidad a nuestra Organización.

Les propongo seguir este esquema básico, conjugando existencialmente en nuestra vida los siguientes verbos: DISCERNIR, SOÑAR, “ANUNCIAR-DENUNCIAR” y TESTIMONIAR.

DISCERNIR: mirar la realidad con la mirada puesta en Cristo, nuestro Horizonte, dejándonos cuestionar por nuestro pueblo y sus ruegos que suben al cielo y claman justicia y consuelo. Que el Espíritu Santo nos ayude a discernir la realidad con los ojos del Resucitado.

SOÑAR: es decir, no perder de vista el ideal de vida cristiano y agustiniano, pensando y creando siempre desde la esperanza siempre nueva, con la ilusión intacta, abiertos a la novedad y a la creatividad, sin dejar de lado la utopía, y no permitiéndonos que el miedo nos paralice ante los nuevos desafíos, cambios y transformaciones.

ANUNCIAR-DENUNCIAR: no podemos callar lo que hemos visto y oído; me refiero al acontecimiento de Jesús de Nazaret, que está vivo en su Iglesia, Pueblo de Dios que peregrina en estas tierras. No podemos callar la Buena Noticia de la salvación ni tampoco las situaciones de pecado estructural, que tratan de menguar el Reino de Dios y su justicia.

Y, por último, el verbo TESTIMONIAR, a fin de que la predicación del Evangelio no se convierta en discursos o buenas intenciones, sino en una forma concreta de anuncio salvífico y de compromiso con la Verdad, que es Cristo, el Maestro interior. Parafraseando a este respecto a San Francisco, el pobrecillo de Asís: "Predica el Evangelio en todo momento y si es necesario usa las palabras". Y recordando las palabras de San Pablo VI en la Evangelii Nuntiandi, número 41: "el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros o si escucha a los maestros es porque son testigos".

Les invito a que potenciemos las Mediaciones Eclesiales que nos ofrecen los Hechos de los Apóstoles en los capítulos 2 y 4 como itinerario de vida cristiana, aquella misma forma de vida que llegó a encender en llamas el corazón de San Agustín, excitando su deseo para vivir la experiencia de pertenencia a Dios, a sus amigos y hermanos, *teniendo un alma sola y un solo corazón, pero orientados hacia Dios.*

Vivamos, pues, el don de nuestra Espiritualidad Agustiniana potenciando equilibradamente las Mediaciones Eclesiales, aquellas mismas que se presentan en los Hechos de los Apóstoles, y que son: Liturgia (Mediación celebrativa), Koinonía (Mediación Comunitaria), Diakonía (Mediación Servicial) y Martiría (Mediación Testimonial), de forma justa y proporcional, a fin de vivir las virtudes teologales y las obras de misericordia **siempre en clave Kerygmática y Karismática**, de forma transversal, al modo de los primeros Cristianos, pero a partir de nuestra particular forma de vivir nuestra profesión de fe, es decir, desde los cuatro pilares de nuestra Espiritualidad, que son: Aspecto Evangélico y Eclesial, Búsqueda de Dios e Interioridad, Comunión de Vida y el último, que es Servicio a la Iglesia y Evangelización.

Pienso que viviendo de esta forma cada una de las Áreas de O.A.L.A., desde la fusión de las Mediaciones Eclesiales con los Pilares de nuestra Espiritualidad Agustiniana, podremos dar un renovado impulso a nuestro servicio en este continente, sin caer en desequilibrios y desproporciones a la hora de desarrollar las actividades aprobadas por esta Asamblea para cada Área.

Espero en Dios, que auxiliados por la Virgen Madre, Ntra. Sra. de Gracia, Dulce Consejera y suave Consuelo, sea perpetuamente nuestro Socorro, y nos ayude a trabajar para que todas las Circunscripciones lleguen a asumir que son OALA, y así todos juntos podamos ser un aporte concreto para el bien de las mujeres y varones de nuestro tiempo en este continente de la esperanza. Que así sea.

P. Yuliano E. Viveros A., O.S.A., Secretario General de O.A.L.A.